

hemos padecido. Frente a la seguidilla de buenas intenciones que han marcado la transición a la transición, Fabio Salas siempre puso su ojo crítico y su oreja escéptica, ganándose las odiosidades de los fabricantes y distribuidores de alegría. Había que ser positivo, toda crítica era de mal gusto.

El autor se dedica entonces a desenmascarar poses, diseños corporativos y clonaciones, a dar razones de los sucesivos fracasos, a realizar un descarnado recuento de lo poco que ha quedado. En fin, a situar en una perspectiva más amplia los fenómenos locales con los que tanto nos hemos engolosinado. Transformando templos en burdas escenografías, Fabio Salas penetra como rayo en la autenticidad del artista y de su propuesta. Caen cabezas y guitarras.

Si hay algún rockero chileno que rescatar, a la luz de la crítica del autor, es aquel que dice la verdad, el que no desprecia con fervor todo lo que ignora, el que ha tenido que comer basura sin chistar, el que ya murió (como el rock), el que sabe esperar su turno, el que se fue y volvió, el que no es híbrido pero es sincrético.

Podremos no estar de acuerdo con todo lo que dice Fabio Salas en su libro, pero debemos reconocer que sabe muy bien lo que está diciendo. Podremos discrepar de la perspectiva desde la que evalúa nuestros aportes al rock, pero no podemos negar la validez y utilidad de ella.

La independencia institucional desde la que Fabio Salas ha construido su discurso crítico podrá haberle causado muchas privaciones, pero lo ha hecho fuerte, pues ha tenido que abrir su propio espacio en la adversidad. Desde su atalaya, Fabio seguirá cumpliendo su misión en esta vida, y todos nos beneficiaremos de ella. Rockeros, periodistas, investigadores y transeúntes interesados en el rock deben leer este libro. Después de hacerlo, no seguirán

siendo los mismos, no escucharán con los mismos oídos, no comulgarán tan fácilmente con ruedas de carreta.

El grito del amor es un libro sobre la vida, pasión y muerte de un proyecto musical y vital que no pudo evitar ser corroído por los propios males que denunciaba. Sólo una pregunta entonces, ¿Ha sido el rock conducido a su propio suicidio?

El rock ha muerto.
Viva el rock.

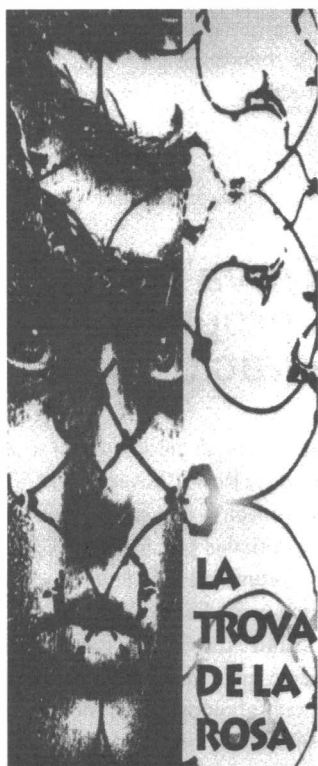
Juan Pablo González

La Trova de la Rosa una propuesta de integración

Como una propuesta músico-teatral se presenta "La Trova de la Rosa" (Proyecto DIPUC 1998), una escenificación de las Cantigas de Santa María recopiladas por Alfonso X El Sabio. En esta oportunidad se han unido el Instituto de Música y la Escuela de Teatro de la Universidad Católica, para hacer un experimento que intenta potenciar el espíritu y dramatizar algunos de los motivos de esta forma musical.

Más que el teatro, en esta representación domina la música. Las voces, los instrumentos, los ritmos y las letras, nos remiten a una época inundada de religiosidad y compromiso con la virgen María, especialmente. De esta manera, los elementos de teatro que se han agregado, son una forma de ilustrar el ambiente y ofrecer un marco estético a la Cantigas. En el plano visual, diseño de Alejandra Serey, lo primero que sobresale es un recuadro, a modo de gran libro antiguo con bordes dibujados, en el cual se proyectan algunas

letras y se disponen los músicos en un comienzo. Este mismo recurso servirá para varios propósitos, entre otros, el de la división entre los espacios, ya que en varios momentos algunos actores pasan por detrás, viéndose como figuras esfumadas, que ayudan a crear una ambientación misteriosa estimulando la imaginación.



En una primera parte, con la puesta en escena de las canciones a cargo de Macarena Baeza, se consigue un objetivo adecuado, como es el de impregnar la atmósfera de un espíritu medieval, a través de elementos que nos remiten a una austeridad y una reflexión como guía central de la música. En este sentido la entrada silenciosa de los personajes, todos femeninos, sus vestuarios, accesorios varios, su actitud y gestualidad, crean instantes sugerentes. Destacan las escenas en que se arreglan y se cubren la cabeza con diferentes

tipos de telas, por la suavidad de los movimientos y la tranquilidad de las imágenes recreadas.

Sin embargo, en la medida que se exageran las dramatizaciones, el sentido general se pierde, por eso es que la carga del personaje de María Magdalena (Rocío Mendoza) o la aparición de la figura de la Virgen por el fondo del teatro, no constituyen momentos de especial significación. El incorporar otros textos de autores contemporáneos (Huidobro y Kazantzakis) que intentan establecer un diálogo con el mundo actual, se vuelve confuso y excesivamente teatral, lo que no es coherente con el estilo global de la propuesta.

En el plano musical, la cadencia de las Cantigas se deja caer con belleza y regocijo en las voces de Magdalena Amenábar y Nelson Contreras. Asimismo, el acompañamiento instrumental de las dos vielas (Gina Allende y Nelson Contreras), arpa medieval (María Eugenia Villegas) y flauta (Sergio Candia), constituye un verdadero bálsamo anímico. Es visible que el conjunto dirigido por Gina Allende ha tenido una larga investigación para llegar al sentido profundo de este tipo de música.

"La Trova de la Rosa" es una fina presentación de doce de las Cantigas, una experiencia de recogimiento y exaltación religiosa, cuyos logros más claros están en la música, bien interpretada por los cantantes y músicos; nos invita a un acercamiento acompañado de elementos visuales que nos compenetran más del mundo medieval y es una linda preparación espiritual ante la fiesta navideña próxima.

Carola Oyarzún L.*



* Profesora del Instituto de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile, artículo aparecido en el diario *El Mercurio*, Sección Cultura, 21 de diciembre, 1998.